

Última mudanza en la calle del Amparo

A las nueve menos cuarto de la mañana, cuando en la calle del Amparo todavía quedaba una humedad fría, pegajosa, de esas que se quedan metidas en las plantas bajas, en las escaleras sin ventilación y en los huesos de la gente mayor como se queda el humo en las cortinas de las casas donde se ha fumado toda la vida, ya había tres muchachos en el portal, una vecina del tercero con bata de boatiné y rulos de plástico, dos policías municipales apoyados en el coche y un cerrajero con cara de haber desayunado un café malo y un cruasán revenido en el bar de la esquina, ese que antes fue una taberna con serrín y anchoas en vinagre y ahora anunciaba en una pizarra negra, escrita con rotulador blanco: *brunch castizo y specialty coffee*.

Dentro del piso, en el tercero izquierda, Anselmo Cifuentes no miraba por la mirilla. Nunca le había gustado espiar, ni siquiera en sus mejores tiempos de administrador de fincas, cuando saber quién subía, quién bajaba, quién llegaba borracho, quién vivía con más gente de la declarada en el contrato, quién dejaba de pagar la comunidad o quién ponía una lavadora a las tres de la madrugada era, más que una obligación profesional, una forma de poder modesta y sucia, la única que había tenido en una vida sin estudios, sin coche y sin otra vocación que la de llegar a fin de mes sin pedirle dinero a nadie. No miraba por la mirilla porque no le hacía falta. Había aprendido a distinguir los ruidos del portal con la misma precisión con que otros hombres aprendían idiomas o tocaban el piano. Sabía cuándo el ascensor subía cargado con compra del mercado y cuándo con maletas baratas de piso turístico. Sabía cuándo unos pasos eran de vecino y cuándo de visita, y hasta cuándo una pelea acababa en insulto y cuándo en platos rotos. Y ahora sabía, sin necesidad de asomarse, que al otro lado de la puerta había una mañana de desahucio, que es una cosa que suena a trámite, a formulario, a providencia, a comisión judicial, pero que en realidad se parece bastante a un entierro sin muerto visible,

solo que con más nervios, menos flores y peores modales. Y lo sabía porque él era el desahuciado.

La cafetera estaba al fuego. No era una cafetera valiosa, ni antigua, ni siquiera bonita. Era una cafetera italiana de aluminio, pequeña, abollada en un costado, con el mango ennegrecido por una quemadura de hacía años, la misma que se llevó Aurora al intentar apartarla de un golpe el día que sonó el teléfono mientras preparaba café y pensó, sin saber por qué, que aquella llamada traía malas noticias. Las trajo, claro, porque casi todas las llamadas importantes de la edad madura acaban trayendo malas noticias, pero ella siguió usando la cafetera igual y luego él siguió usándola después de que Aurora se muriera, porque la costumbre, que siempre parece la forma más inofensiva de la pereza, acaba siendo muchas veces la prueba material de la lealtad.

Anselmo levantó la tapa y comprobó que el café empezaba a subir, espeso, oscuro, con ese borboteo doméstico que siempre musicalizaba sus mañanas. A su lado, sobre la encimera de formica amarillenta, había una olla con garbanzos cocidos del día anterior, media cebolla, dos patatas blandas, un trozo de chorizo reseco, una hoja de laurel, una zanahoria cansada y un táper con caldo que había descongelado durante la noche. Con eso iba a hacer una comida digna, no buena, porque a ciertas edades uno aprende que la dignidad y la abundancia no tienen trato entre sí, pero sí digna, y eso le bastaba. Había decidido, la víspera, que no se llevaría nada. Ni los platos, ni las sábanas, ni la radio, ni la televisión pequeña del dormitorio, ni la caja de herramientas, ni el abrigo gris con el forro roto, ni la cafetera. Nada. Todo se quedaría allí o, mejor dicho, se repartiría. A falta de herencia, inventario. A falta de justicia, distribución. A falta de una hija que se mereciera la porcelana buena, la gente del portal, los chavales de la asamblea, la vecina de arriba, el chico de las rastas que siempre sonreía

demasiado, la muchacha ecuatoriana que organizaba la caja de resistencia, se llevarían lo que pudieran cargar.

Porque los objetos, eso lo había aprendido tarde, cuando Aurora ya llevaba años subrayando novelas con lápiz y guardando en cajones cucharillas de hoteles, programas de mano del teatro y llaveros que no abrían ninguna puerta, no eran cosas. Eran pruebas. El mundo estaba lleno de pruebas pequeñas y tercas de que la vida había sucedido de verdad. La cuchara de plata de la boda, por ejemplo, una sola, porque la otra se perdió en la separación, o en la reconciliación, o en alguna de esas mudanzas cortas que hace la gente cuando aún cree que se muda para empezar algo nuevo y no para ir abandonando lo viejo de habitación en habitación. El despertador rojo, que dejó de sonar la noche que Aurora tuvo que ir en ambulancia al hospital y nunca volvió a ponerle pilas. El tomo de Galdós con las esquinas dobladas, donde ella había escrito al margen, en una letra redonda y firme de maestra antigua, *qué bien entiende esto*, sin aclarar nunca qué era exactamente *esto*, aunque a él, con el tiempo, le pareció que *esto* era Madrid, el hambre, la soberbia de los pobres, la necesidad de fingir que no humilla necesitar.

Llamaron a la puerta con una prudencia tensa.

—Don Anselmo, soy Lucía —dijo una voz joven—. ¿Podemos pasar?

Anselmo apagó el fuego de la cafetera y fue a abrir.

Entraron tres. Lucía, con su abrigo verde militar, los ojos sin maquillar y la piel de quien duerme poco y discute mucho; un muchacho flaco con gorro de lana y barba mal recortada que cargaba una caja de cartón; y otro moreno, alto, callado, con una sudadera gris y una cicatriz junto a la ceja izquierda, que se quedó un poco atrás, como si no terminara de decidir

si aquel piso le era ajeno o lo conociera de antes. Traían ese olor de la calle madrileña en invierno, mezcla de colillas, lluvia vieja y gasolina.

—Ya están abajo —dijo Lucía, en voz baja, como si el piso fuera una iglesia o una habitación de hospital—. La comisión todavía no ha subido, pero no tardarán.

—Pues que no se apuren, que la comida no se hace a gritos —contestó él, y se apartó para dejarles pasar—. Id cogiendo lo que os dé la gana, pero preguntad antes. No quiero que acabéis brindando en vasos antiguos de Nocilla.

Lucía sonrió, agradecida, porque la gente que ayuda a desahucios, incluso cuando ya ha visto unos cuantos y sabe que el heroísmo se parece demasiado al cansancio, siempre agradece una broma, aunque sea mala.

—¿Seguro que no quiere salvar nada? —preguntó.

—Lo importante ya lo fui perdiendo sin vuestra ayuda —dijo Anselmo—. Lo demás son muebles.

Pero no era verdad del todo. Lo demás no eran muebles. Lo demás eran restos y los restos importan.

Fue hasta la alacena y sacó una taza blanca con un borde azul desportillado.

—Para ti —le dijo a Lucía—. Esta se la robó mi mujer a un bar de Tirso de Molina en el setenta y nueve, cuando ya vimos que la democracia no iba a traernos cuberterías finas. Bébetelo el café aquí. Aguanta mejor el frío que esas tacitas modernas de los *souvenirs*.

A la chica le dio vergüenza aceptar la taza, como si aceptar una taza de un hombre que iba a ser desahuciado fuera igual de indecente que quitarle el pan a un moribundo.

Al del gorro le dio un libro. Una edición de tapas blandas, comida por la humedad en las esquinas.

—Esto no lo he leído, pero está muy subrayado. Lo subrayaba Aurora cuando nos enfadábamos y no me hablaba. Se ve que leer le parecía más útil que pelear conmigo y, seguramente, tenía razón. Yo nunca he leído y no voy a empezar ahora con estas malditas cataratas.

El otro, el moreno de la cicatriz, no hablaba. Se había quedado mirando la cocina, la ventana que daba al patio, los azulejos blancos con flores azules desvaídas, el hule de cuadros, la bombona de butano, como quien intenta encontrar en la disposición de las cosas una escena antigua. Anselmo se dio cuenta y apartó la mirada. Había algo en ese perfil que le rozó la memoria, pero la memoria de los viejos no funciona como una fotografía, sino como las manchas de humedad: primero parece una cosa, luego otra, luego reconoces un país entero donde antes solo veías una pared sucia.

Puso el café en cuatro vasos, porque solo quedaban tres tazas decentes y él, desde niño, se había acostumbrado a beber en vaso lo que no alcanzaba para todos. Luego empezó a pelar las patatas. Lo hacía despacio, con el cuchillo corto, sin desperdiciar apenas pulpa, mientras afuera empezaban a oírse los ecos metálicos del portal, las puertas de los vecinos abriéndose para mirar, algún comentario rápido, una niña que preguntó algo y una madre que dijo *tira para dentro* con esa autoridad y vozarrón de las mujeres de escalera que han criado hijos, sobrinos, maridos inútiles y plantas mustias sin bajar nunca la voz más de lo necesario.

—Esto antes olía a cocido los jueves y a lejía barata los sábados —dijo de pronto Anselmo, sin dirigirse a nadie en concreto—. Ahora huele a tostada con aguacate y a turista maravillado. ¡Hay que ser idiota para pensar que la mugre es vivir una experiencia auténtica!

El barrio se ha vuelto internacional, que es una manera elegante de decir que ya no es de nadie.

Lucía lo miró con interés.

—Por eso estamos aquí.

—No —dijo él, echando la cebolla picada en la olla—. Vosotros estáis aquí porque aún sois jóvenes y pensáis que llegar a tiempo sirve para algo. El barrio ya se fue hace años. Primero cerró la mercería, luego el ultramarinos de Braulio, luego la papelería, luego el bar donde se jugaba al mus. Después empezaron las bicicletas de alquiler, los pisos con código en la puerta, las maletas con ruedas a las tres de la mañana y los vecinos que no saludan porque no saben que el saludo es una forma barata de la paz. Lo demás vino rodado. Y, ahora, al asilo.

Callaron. El caldo empezó a hervir con un sonido gordo, tranquilizador, de guiso en marcha, y durante unos segundos el piso pareció otra cosa, no un lugar a punto de ser vaciado por la fuerza, sino una casa cualquiera donde una familia esperaba para comer.

Fue entonces cuando el muchacho moreno habló por primera vez.

—Hay que unirse —dijo—. Para eso estamos. Para que no hagan con cada uno lo que les da la gana. A mis padres los echaron de aquí abajo, del segundo, hace años. Yo era pequeño. Pero me acuerdo. Muchos intentaron ayudarnos. No sirvió de nada. Pero, a veces, sirve.

La patata se le resbaló a Anselmo entre los dedos.

No mucho, apenas un gesto, pero suficiente para que el cuchillo le arañara la yema del pulgar. No llegó a sangrar casi nada, solo una línea roja, delgada, limpia, que él se llevó a la boca por costumbre mientras levantaba la vista y miraba, ahora sí, al chico de frente.

El niño del segundo.

No lo habría reconocido nunca en la calle, ni en el metro, ni sentado en una terraza de Lavapiés con una cerveza artesana y unos amigos. Pero allí, en esa cocina, con el ruido de una olla al fuego, con el eco del portal en la escalera, con la palabra *echaron* todavía temblando en el aire, lo vio. No al hombre. Al niño. Cinco años, quizá seis. Un jersey amarillo con coderas, una pelota pequeña en la mano, los ojos abiertos de susto en mitad del rellano mientras su madre gritaba y su padre, medio borracho o medio desesperado, o las dos cosas, intentaba negociar con la dignidad rota y una bolsa de basura llena de ropa.

Él había estado allí.

No como policía, no como juez, no como dueño. Peor. Como administrador. Como encargado. Como testigo profesional de las desgracias ajenas. Abriendo puertas, cerrando contadores, enseñando papeles, pronunciando esa frase miserable que tanto alivio da a quien la dice y tanta náusea a quien la oye: *yo no decido nada, yo solo cumplo órdenes*.

Había echado a inmigrantes sin papeles, a familias alquiladas y a parados de larga duración. A una mujer con dos hijos que cosía para un taller clandestino en casa. A un hombre ecuatoriano que dejó de pagar cuando se quedó sin empleo. A un alcohólico que olía mal y no abría nunca las ventanas. Y había dormido después. Mal, alguna vez. Pero siempre había dormido.

El muchacho seguía mirándolo sin saber.

—Mi madre pasó por aquí el otro día y, como usted, también dice que el barrio huele distinto.

Anselmo sonrió. No era una sonrisa alegre ni triste. Era la mueca seca con la que los viejos reciben las verdades cuando no salen de ellos.

—Tu madre tenía olfato —fue su única respuesta. Y siguió pelando patatas.

Nadie más dijo nada durante un rato. Afuera ya no había murmullos sino pasos decididos, voces de oficio, el carraspeo de quien va a leer una orden. Lucía sacó el móvil, respondió un mensaje, se asomó al balcón del patio y volvió con la cara más tensa y enrabieta.

—Ya suben.

Anselmo echó el chorizo en la olla, removiéndolo despacio y bajó el fuego.

—Pues van con tiempo para comer —dijo.

Entonces, como si se hablara a sí mismo o al humo del guiso, porque a ciertas edades las confesiones importantes se hacen así, mirando a una cacerola o a un enchufe o al vuelo torcido de una mosca, explicó lo que no había explicado nunca a nadie del todo.

La casa era de Aurora. La compró ella, o mejor dicho la pagó ella en más porcentaje del que a él le gustó reconocer durante años, cuando todavía trabajaba en la academia y luego en el colegio y él ganaba menos y llegaba más tarde y se enfadaba con el mundo porque el mundo no lo había hecho más listo ni más rico. Aurora murió sin hacer ruido, como había vivido casi todo lo esencial. Y se la dejó a su hija, a la hija de los dos, que para entonces ya vivía en Móstoles, luego en Alcorcón, luego en un adosado de no sé dónde, con un marido de seguros, dos hijos y una vida de esas que se construyen a fuerza de cuotas mensuales y resignaciones bien peinadas. La hija no podía mantener dos casas, ni quería. Él tenía derecho a poco, menos del que había fingido tener ante sí mismo. Aguantó un tiempo, discutió otro, amenazó nada, suplicó menos, y al final solo quedó la orden, la fecha, el cerrajero y esa mañana.

—La casa para ella —dijo, sin levantar la voz—. Lo demás ya lo he repartido yo.

Lucía abrió la boca, quizá para indignarse, quizá para consolar, pero no dijo nada. El muchacho del segundo, el niño de antes, lo miró como si hubiera entendido de golpe demasiadas cosas a la vez: que la injusticia no siempre viene con traje oscuro, que los padres envejecen, que los verdugos también acaban comiendo solos, que las casas, al final, no son de quien las ama sino de quien las puede registrar.

Llamaron a la puerta con los nudillos.

—Abra, por favor.

Anselmo apagó el fuego, sirvió cuatro platos hondos y colocó el pan sobre la mesa.

Luego fue hasta la puerta, la abrió él mismo, antes de que el cerrajero pudiera sentirse importante, y se encontró delante a un funcionario con carpeta, dos policías, el cerrajero y una mujer joven con expresión administrativa, el tipo de expresión que uno adquiere cuando se pasa la vida entrando en el dolor de los demás con un bolígrafo y hora de salida.

—Ya era hora —dijo Anselmo—. Se enfría.

Nadie entendió al principio.

Se apartó para dejarlos pasar y señaló la mesa, donde humeaban los platos.

—Coman, hombre —le dijo al primer policía, un chico con cara de no haber cumplido aún los treinta—. Frío está peor. Como casi todo.

El policía no supo qué contestar. Miró a la funcionaria, al cerrajero, a los chavales, a la olla, al anciano, y durante un segundo, uno solo, el piso entero se quedó suspendido en una especie de vergüenza común, espesa y silenciosa.

El muchacho del segundo fue el primero en sentarse. Y esa fue, quizá, la única victoria de la mañana para Anselmo. Afuera, en la calle del Amparo, pasó una maleta rodando sobre los adoquines. Dentro, el caldo seguía humeando. Madrid, como siempre, se entretenía un rato.

Seudónimo: Príncipe de hollín